

- ANÓNIMO, *La théologie et ses sources*, Réponse: « Recherche de science religieuse », 33, 1946, pg. 385 a 401.
- N. B. Estos artículos y la respuesta de los jesuitas al anónimo han sido reunidos en un volumen bajo el título de *Dialogue théologique*, (Les Arcades, etc.), 1947.
- R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La nouvelle théologie où va-t-elle*, « Angelicum », 33, 1946, pg. 126 a 145.
- B. DE SOLAGES, *Pour l'honneur de la théologie*, Le contre-sens du R. P. Garrigou-Lagrange, « Bulletin de littérature eccl. », 1947, pg. 65 a 84.
- R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Verité et immutabilité du dogme*, « Angelicum », 24, 1947, pg. 124 a 139.
- C. BOYER, *Nature pure et surnaturel dans le « Surnaturel » du Père de Lubac*, « Gregorianum », 28, 2-3, 1947, pg. 379 ss.
- G. THILS, *Théologie des réalités terrestres*, Desclee de Brouwer, Bruges, 1947.
- DAVENSON, *Fondements d'une culture chrétienne*.
- CONGER, *Les raisons actuelles de l'incroyance*, en « Vie intellectuelle ».
- J. DE BLIC, *Points de vue généraux sur l'éthique chrétienne*, « Melanges de science religieuse », 4, 1947, pg. 75 a 122.
- A. GEMELLI, *Puo esservi una teologia delle realtà terrene?*, « Vita e pensiero », 30, 1947, pg. 264 ss.
- AAS., 38, 1946, pg. 381 a 389, Alocución de SS. Pío XII a los Jesuitas y Dominicos.
- «LA VIE INTELLECTUELLE», número especial de 1946, Vers quel type de sainteté allons-nous?
- A. LANZ, S. J., *Umanesimo cristiano e perfezione spirituale*, « Gregorianum », 28, 1947, pg. 134 ss.
- JOUVENROUX, *Témoignages sur la spiritualité moderne*, « Le Liseron ».
- CHARLES, S. J., *L'esprit catholique*, « Nouvelle Revue Théologique », marzo 1947, y otros artículos en la misma revista.
- 4) Respecto al punto: ¿La Iglesia ha faltado a su misión?, cf. bibliografía en « Vita e pensiero », 30, 1947, pg. 266 en la nota.

## Convergencias y Divergencias en las versiones bíblicas modernas y en sus notas

Por FLORENTINO OGARA, S. I.

En el número anterior de CIENCIA Y FE presentamos a nuestros lectores una lista de las versiones y comentarios bíblicos que han aparecido en este último decenio: lista que todavía ahora se habría de completar con algunos nuevos trabajos que han visto la luz pública después de aquella fecha. Aunque conocemos y hemos manejado las principales versiones modernas, y aun de varias de ellas hemos tenido el honor de publicar, según iban saliendo, e invitados por los directores de revistas eclesiásticas, las correspondientes noticias bibliográficas, principalmente en las dos revistas romanas, *La Civiltà Cattolica* y *Gregorianum*; ahora no tenemos a mano todas aquellas Biblias reunidas en una sola biblioteca, sino parte de ellas y dispersas. Mas no por eso dejaremos de aprovechar el material utilizable para el trabajo indicado en el título de este artículo. Sin ceñirnos, pues, tan sólo a las versiones españolas, y teniendo en cuenta las más recientes de las demás naciones, llamaremos la atención del lector sobre algunos puntos particulares, procurando proporcionarle nuevos elementos de juicio y con esto mayor conocimiento. La comparación de unas versiones con otras, y de

las *notas* o *comentarios* de unos autores con las respectivas maneras de ver de otros en los mismos pasajes, darán luz para saber estimar la firmeza o tal vez la inseguridad de algunos puntos de vista. Sobre todo cuando se presentan como afirmaciones generalmente admitidas.

Quisiéramos que este trabajo representase una modesta aportación de índole positiva, para enriquecer las notas y comentarios breves de algunos pasajes discutidos. Con este intento haremos resaltar tanto las *convergencias*, es a saber, la uniformidad de expresiones *homogéneas*, como las *divergencias*, o la diformidad y maneras de ver *heterogéneas* y aun contradictorias, sea *hermenéuticas*, es decir, en las versiones mismas, sea *exegéticas*, esto es, en los comentarios o notas, aun dentro de una misma versión uniforme, admitida por todos.

Ante todo, las versiones de NÁCAR-COLUNGA y de BOVER-CANTERA son un verdadero primor en cuanto a elegancia de lengua y de estilo. Aun cuando no tuvieran ningún otro mérito relevante, quedarían ambas como un tesoro nacional literario, que guardarán con cariño los venideros. Las traducciones rítmicas en las partes poéticas, que nos ofrece la de CANTERA, son una feliz iniciativa, que podrá sugerir a otros versiones cada vez más perfectas. A su tiempo esperamos detenernos en este punto. Las notas del Antiguo Testamento son pocas en ambas Biblias; las del Nuevo abundantes en BOVER y en buena parte se acercan a la extensión de un comentario: esta última versión del Nuevo Testamento peca a veces de parafrástica. Es muy perdonable este pecadillo en materia tan difícil y frases tan concisas en su texto original. NÁCAR-COLUNGA han retocado a veces en la 2.<sup>a</sup> edición la versión de la primera, no siempre en mejor y tal vez en detrimento de la fidelidad. Así, por ejemplo, en Dan. 9, 25, donde decía con toda exactitud según el hebreo: «*Al cabo de las sesenta y dos semanas*», leemos ahora con extrañeza: *Al fin de estos tiempos*. No vemos cómo pudo sustituirse esta vaguedad a la lectura fija y sin variantes de un número preciso, que aparece con toda claridad en el texto masorético que se toma por base y en los LXX, prescindiendo ahora de la puntuación adoptada y objeto de discusión para el cómputo de las famosas 70 semanas.

Juzgamos también de toda oportunidad una advertencia respecto del *anuncio* de la misma Biblia. El título interior, puesto sin duda por los mismos autores, dice muy bien y con exactitud: «*Versión directa de los originales*». En cambio, el título que va en el envoltorio suelto, como guarda del libro, reza así: «*Sagrada Biblia. Primera versión directa al español de los idiomas originales, hebreo y griego*». Este título ha dado lugar a que algunos extranjeros hayan escrito que hasta ahora no había en España ninguna traducción hecha de los originales. Desde luego tenemos en un castellano pintoresco y expresivo todos los protocanónicos, excepto las Lamentaciones, en la célebre versión judía publicada en 1553, la *Ferrariense*, como también versiones parciales, asimismo

judías, de libros sueltos. Difícil es que puedan competir con ellas en punto a literalismo las que poseen los extranjeros. La *Ferrariense* es sumamente práctica para apreciar el colorido de la frase hebrea, que en nuestras versiones modernas se transforma: la túnica oriental semítica, sencilla y austera, se convierte en el traje de un elegante caballero del día: a la parataxis con simples partículas copulativas sustituye el período matizado con diferentes ajustes.

Poseemos también las famosas versiones protestantes de JUAN DE VALDÉS, CASIODORO DE REINA (La Biblia del Oso) y CIPRIANO DE VALERA, notables por su casticidad y elegancia.

Ni hemos de olvidar las versiones parciales, como la de Job y el Cantar de los Cantares, como cinceladas a la antigua por FRAY LUIS DE LEÓN, ni otra de Job, bien trabajada por D. FRANCISCO CAMINERO. Lástima no se hubieran publicado otras versiones de este último, que hemos visto manuscritas.

Dignos son también de especial atención el Nuevo Testamento admirablemente traducido, aunque con cierto sabor arcaico, por el P. JUAN JOSÉ DE LA TORRE, S. J. y «*Los Santos Evangelios*», traducidos por GARCÍA HUGHES.

Por eso justamente los ilustres traductores NÁCAR-COLUNGA advierten en la introducción general de la nueva versión (pág. LXXXII), que no existía hasta ahora una traducción *total* hecha de los textos originales. Pero esta precisión se echa de menos en el anuncio exterior del libro.

Algunos modernos parecen olvidar en determinados casos, que el Antiguo Testamento no se dió a los Israelitas exclusivamente, sino que se destinó también para los cristianos, y aun más principalmente para éstos. De aquí se infiere que no se pueden rechazar como ajenas a la letra antigua muchas interpretaciones que los Judíos no pudieron entender, y que nosotros entendemos con la luz del Nuevo Testamento. Se repite una y otra vez, que no se olvide que el autor pertenece al Antiguo Testamento, y así mismo los lectores. A esto se debe responder que no se olvide que el autor principal es el Espíritu Santo, y que los lectores son los del Antiguo y principalmente los del Nuevo Testamento. La aplicación del falso principio: «*No lo pudieron entender los antiguos, luego el texto no lo dice*», lleva lógicamente a la conclusión absurda de negar el sentido típico. El Espíritu Santo dice en la Antigua Ley muchas cosas que no se entienden plenamente sino a la luz del Evangelio: lo que allí es borroso, aquí tiene contornos precisos; lo que allí se insinúa, aquí se afirma; lo que allí va envuelto entre brumas y celajes, aquí se descubre a pleno sol. Lo expresa muy bien NÁCAR-COLUNGA en su Introducción General (2a. ed. p. LXV).

«*Justamente anota Cayetano, dice R. CORNELY, S. I. (Curs. S. S., 1.<sup>a</sup> Cor. 10, 11), que todas (estas cosas) se dicen escritas*

para nosotros, "porque todas las Escrituras son por causa del tiempo del Mesías" (cfr. Rom. 15, 4). Porque si bien servían al pueblo antiguo como de guía para llevarle a Cristo, no empezaron sin embargo a manifestar su plena y perfecta utilidad, sino cuando en el tiempo mesiánico, cumplidas las figuras y los vaticinios, el Viejo Testamento se fué patentizando en el Nuevo». Y arriba había dicho, a propósito de los castigos de Israel a los que alude San Pablo: « Con los estragos de los Israelitas somos amonestados, que también nosotros, si pecáremos desdeñando nuestros beneficios antitípicos, sobrellevaremos otros castigos, que respecto de los de Israel guardarán la misma proporción que tienen nuestras gracias con sus beneficios típicos » (Ibid).

Las Biblias modernas completas, o en vías de serlo, traen al principio, además de los prólogos oportunos para iniciar a los lectores en las modalidades correspondientes a la versión que se intenta y a los fines de ella, otras introducciones generales en las que con mayor o menor amplitud se tratan los temas de la inspiración, de la inerrancia, de la interpretación, de las versiones, del canon, etc.

En las versiones de un libro único, como el Génesis, Job, etc., son —como es natural— muy amplias las Introducciones especiales, suponiendo las cuestiones de la Introducción general.

En las Biblias completas, en cambio, las Introducciones especiales, puestas al frente de cada libro, se reducen por necesidad a una noticia sintética, que baste para orientar sumariamente a los lectores.

#### PENTATEUCO

Al tratar del Pentateuco, sea en la Introducción especial, sea en el decurso del comentario o de las notas, con muy buen acuerdo se alegan las respuestas de la Comisión Bíblica sobre la autenticidad Mosaica (27 de junio de 1906; Ench. Bibl. nn. 174-177), como también sobre el carácter histórico de los tres primeros capítulos del Génesis (30 de junio de 1909; Ench. Bibl. nn. 332-339). La recientísima carta de la Comisión Bíblica a Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de París, Mons. Suhard (16 de enero de 1948) dice, refiriéndose a estas respuestas, que « no cree haya lugar a promulgar, al menos por ahora, nuevos decretos

acerca de estas cuestiones»: las dos citadas, y la de si puede haber libros de solamente colorido histórico, a la manera de nuestras novelas históricas, escritas para edificación espiritual. (23 de junio de 1905; Ench. Bibl., n. 154). Esta cuestión es muy delicada, por tratarse de libros « tenidos por históricos », como el de Tobías, Judit, etc., y preguntarse si en ellos se narra, o no, una historia propiamente tal y objetivamente verdadera, o si solamente hay (en parte o en todo) una apariencia de historia, para significar por ella alguna idea ajena a la significación propiamente literal o histórica de las palabras. La respuesta se da con suma cautela, y es en conjunto negativa, « excepto el caso, que no se debe admitir con facilidad y temerariamente, en el que, no oponiéndose el sentir de la Iglesia, y salvo el juicio posterior de ella, es decir, supuesta la docilidad del intérprete en someterse a lo que la Iglesia dijere, se pruebe con sólidos argumentos que el Hagiógrafo o escritor sagrado no quiso presentar una verdadera y propiamente dicha historia, sino proponer bajo la apariencia y forma de historia una parábola, alegoría, o algún sentido remoto de la significación propiamente literal o histórica de las palabras ». Como se ve, son muchas y graves las condiciones que se exigen, y todavía ellas condicionadas con el sentir de la Iglesia y su fallo, si llegare el caso. Entre tanto, ya en la Encíclica « Divino afflante Spiritu », ya en la mencionada carta al Card. Suhard, se estimula al estudio profundo de estas y otras cuestiones, y en el último documento en particular se trata de la cuestión oscura y compleja de las formas literarias en los once primeros capítulos del Génesis.

Estas formas literarias no pueden reducirse a nuestros moldes de historia greco-latina, ni menos a la llamada historia científica. Sin embargo, estos capítulos son históricos de tipo más popular que « en realidad relatan en un lenguaje simple y figurado, adaptado a las inteligencias de una humanidad menos desarrollada, las verdades fundamentales presupuestas en la economía de la salvación, al mismo tiempo que hacen la descripción popular de los orígenes del género humano y del pueblo escogido ». En esta investigación, junto con el amor de la verdad, debe presidir una gran serenidad de juicio, no dando por cierto lo que es meramente hipotético en el vastísimo campo de la ciencia histó-

rica con sus auxiliares y afines, la epigrafía asiria, egipcia, aramea, etc., la paleografía, la paleontología, los géneros literarios de los pueblos limítrofes y en fin un cúmulo de conocimientos para los que no basta la vida de un solo hombre, sino que unos sabios han de vivir de lo que les presten otros sabios. Entre tanto, dice la Comisión Bíblica, « es necesario practicar la paciencia, que es prudencia y sabiduría de la vida ».

Ya al principio de este mismo documento se reproducen las estimulantes palabras de la Encíclica « Divino afflante Spiritu », que animan a los estudiosos a abordar con sinceridad los temas difíciles bíblicos: « El intérprete católico, movido por un amor eficaz y esforzado de su ciencia y sinceramente devoto a la Santa Madre Iglesia, por nada debe cejar en su empeño de emprender una y otra vez las cuestiones difíciles no desenmarañadas todavía, no solamente para refutar lo que opongan los adversarios, sino para esforzarse en hallar una explicación sólida, que de una parte concuerde fielmente con la doctrina de la Iglesia, y nominalmente con lo por ella enseñado acerca de la inmunidad de todo error en la Sagrada Escritura, y de otra satisfaga también debidamente a las conclusiones ciertas de las disciplinas profanas ».

Son preciosas y dignas de meditación las condiciones que aquí se suponen, ya respecto de las personas que se dedican a estos estudios, ya del fin que han de proponerse y del modo de proceder.

1. En las personas se supone amor eficaz y esforzado de la ciencia bíblica y devoción a la Santa Madre Iglesia, para cuyo servicio se emprende la difícil tarea. Esto llevará consigo el no retroceder ante las cuestiones arduas.

2. En buscar la solución de ellas, se trata:

- A) no sólo de refutar lo que opongan los adversarios,
- B) sino de esforzarse en hallar una explicación sólida,
  - a) que de una parte concuerde fielmente con la doctrina de la Iglesia, nominalmente con la inerrancia bíblica absoluta,
  - b) y de otra satisfaga también debidamente a las conclusiones CIERTAS de las ciencias profanas.

3. En el modo se supone absoluta sinceridad y alejamiento de prejuicios.

Por extremo de timidez o por aferramiento ciego a lo antiguo se puede desacreditar la ciencia bíblica, como también por extremo de arrojo, aceptando ligeramente por conclusiones ciertas las afirmaciones rotundas de los heterodoxos, que producen verdaderas fascinaciones o también sustos y cobardías, como las voces estentóreas del « enano de la venta ». No admitir sin examen sus sentencias es un principio fundamental, a veces olvidado aun de los más eruditos. No en vano apunta el documento último de la Comisión Bíblica, cómo aun los heterodoxos han ido dando de mano a las teorías Welhausenianas, tan de moda hasta hace poco. De la misma manera, no pocos católicos que simpatizaban con la teoría del Déutero-Isaías, tendrán que reconocer ahora, con motivo del último descubrimiento de manuscritos hebreos del Antiguo Testamento, hallados al Norte del Mar Muerto —y entre ellos el libro íntegro de Isaías—, que no debieran haberse apresurado tanto, y cuán ponderadas eran las respuestas de la Comisión Bíblica (29 de Jun. de 1908; Ench. Bibl. nn. 287-291; particularmente los nn. 290 y 291).

En cambio, en fuerza de la inercia acumulada por la costumbre, se leen a veces proposiciones legítimamente retiradas por el examen científico de los textos sagrados o por el estudio más profundo de los documentos históricos, literarios y dogmáticos.

Así se ven asomar todavía ideas inexactas sobre el sentido de la autenticidad de la Vulgata, de la fecha del libro de la Sabiduría, y otras parecidas, o afirmaciones imprecisas o exageradas, como algunas de las que se han empleado para impugnar la nueva versión del Salterio, hecha por encargo de Su Santidad.

Síguese de aquí que nuestro hilo conductor a través de la Biblia no puede ser exclusivamente la filología y el conocimiento profano de la antigüedad, como si, por ejemplo, en la Ley y en los libros Históricos examináramos a Licurgo y Tucídides, en los Libros Didácticos Sapienciales a Platón o Aristóteles y en los Proféticos a Demóstenes o Esquines. En todo, pero en los puntos difíciles dogmáticos en particular, es donde no debemos relegar al olvido la tradición patristica y el sentido reve-

rencial profundamente religioso y cristiano de nuestros principales doctores. A veces se prefiere construir con las canteras del racionalismo, dejando a un lado las nuestras, que los heterodoxos no se dignan nombrar, aunque las hayan explotado.

Por lo que hace a los antropomorfismos, es decir, a frases sueltas o pasajes enteros en los que Dios se describe con caracteres humanos, ya los Padres tuvieron cuidado de advertir a los fieles cuál era el sentido legítimo, para que no incurrieran en groseros errores. Con motivo de la frase « *Y dijo Dios: Hágase la luz* », dice oportunamente San Basilio (Hexaemeron, hom. 2, n. 7; PG. 29, 45): « Y el precepto fué obra; y resultó una naturaleza tal, que ni aun pensar puede la mente humana cosa más placida para el goce. Pero cuando tratando de Dios decimos *voz*, *palabra* y *precepto*, no concebimos la divina palabra como un sonido emitido por órganos vocales, sino que sabemos que en figura y apariencia de precepto se nos dice como a discípulos de una manera accesible el acto de la voluntad ».

En el mismo sentido San Juan Crisóstomo inculca la misma doctrina en repetidas ocasiones. Y así, para escoger uno de tantos ejemplos, a propósito de las palabras del Génesis (1, 4) « *Llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche* », dice con su habitual claridad (In Gen. hom. 3, n. 2; PG. 53, 34): « ¿Has visto cuánto se allana, (literalmente, cuánta es la *condescendencia* de que usa, [*synkatábasis*, palabra clásica de la escuela antioquena]), el bienaventurado profeta, o bien Dios en su amor a los hombres, al educar al género humano por medio de la lengua del profeta, a fin de que sepa el orden de las cosas criadas, y quién es el criador de todo y cómo brotó cada una de las cosas? Pues como todavía el género humano era más imperfecto y no podía tener inteligencia de lo más perfecto, el Espíritu Santo mueve la lengua del profeta hablando conforme a la debilidad de los oyentes. Y para que veas que el usar de esta condescendencia (*synkatábasis*) es por la imperfección de nuestro entendimiento, mira cómo el hijo del trueno, cuando ya el género humano progresó en virtud, no va por este camino, sino que levanta a sus oyentes a una doctrina más sublime. Y así, después de haber dicho: “*En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios*” (Jo. 1, 1), añadió: “*Existía la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre que viene a este mun-*

do” (1, 9). Pues así como en este lugar esta luz sensible producida por el precepto de Dios hizo desaparecer aquellas tinieblas visibles, así la luz espiritual fugó las tinieblas del error y guió a la verdad los extraviados ».

*El Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas: Gén. 1, 3.*

La palabra hebrea *ru<sup>ah</sup>*, correspondiente a *espíritu* puede significar de suyo *hálito*, *soplo*, *viento*, etc. Si se tiene en cuenta el modismo hebreo que para ponderar la cualidad de un objeto le añade el genitivo *de Dios*, como si dijéramos *divino*, v. gr.: *montes de Dios*, *cedros de Dios*, en el sentido de altísimos, etc., se pudiera pensar aquí en *soplo de Dios* en el sentido de viento fortísimo.

Sin embargo, a causa del verbo siguiente que significa *aletear* o moverse suavemente, como traduce CANTERA: (« se cernía sobre la haz de las aguas » y en nota « aleteaba ») o también *incubar* (« estaba incubando sobre... »), según la versión de NÁCAR-COLUNGA) los católicos rechazan en general la noción de viento fuerte.

Estas dos nociones *aletear* e *incubar* no son contrarias, antes bien se complementan y son muchos los autores que las juntan en uno. Ni hace fuerza el reparo de HEINISCH<sup>1</sup>: « que en la narración siguiente no se habla de una actividad del Espíritu de Dios »; porque, como dicen muy bien otros intérpretes, poco después aparecen las aguas dotadas de virtud germinativa. No hay, pues, motivo para excluir la noción de *incubar*, que puede unirse con la de *aletear* que admite HEINISCH.

Es claro que, aun reteniendo y prefiriendo la noción de *incubar*, la narración bíblica nos aleja en absoluto de la grosera fantasía de un primer huevo cósmico, que vemos en las mitologías de otros pueblos antiguos y aparece también en el último número de *Anthropos* (Sept. 1948), como propia de los Tíbetanos (pp. 276, 282(5), 295, II, 1), según las notas recogidas por MATÍAS HERMANN.

El verbo hebreo *merahhefet*, que es participio de la forma intensiva (*pi<sup>el</sup>*) aparece en los LXX traducido por *epeféréto* y

<sup>1</sup> Im folgenden Bericht ist nämlich von einer Tätigkeit des Gottesgeistes nicht die Rede. *Genesis* h. 1. pag. 96.

en latín a la letra *ferebatur super*, y propiamente sería *involitans* o *incubans*.

Casi todos los modernos, unos aceptando y otros rechazando el sentido de incubar, convienen en la idea de que se trata del *espíritu de Dios*, es decir, de *Dios mismo con su virtud vivificante*, que fecunda la materia caótica, disponiéndola para su futura organización. Otros pasan adelante y ven aquí una insinuación del misterio de la Santísima Trinidad.

En la Biblia Clementina la palabra Espíritu va con mayúscula y esta escritura adoptan otros varios traductores y comentaristas, v. gr. CRAMPON: «...et l'Esprit de Dieu se mouvait au-dessus des eaux», y en la nota: «*L'Esprit de Dieu*, principe de toute vie (Ps. 33, 6; Job. 36,13), *se mouvait au-dessus des eaux*: image empruntée à l'aigle qui plâne, en agitant les ailes, au-dessus de ses petits, pour leur communiquer chaleur et force» (Deut. 32, 11).

En su famosa obra *Theologicorum Dogmatum* t. I-IV, De opificio sex dierum l. 1, c. 3, resume DIONISIO PETAVIO las sentencias de los antiguos, y hace desfilar sus testimonios.

Para unos se trata del aire o viento, y cita a Teodoro, Severiano de Gábalá, h. 1.<sup>a</sup>, R. Moisés Maimónides, Aben-Ezra y el Targum Onkelos.

Para otros es el espíritu vital: «Alii vitalem intelligunt spiritum, quem carpinus, ait Ambrosius, l. 1, c. 1 [Hexaëm.]. Augustinus» vitalem creaturam, qua universus visibilis mundus, atque omnia corporea continentur et moventur; cui Deus omnipotens tribuit vim quamdam sibi serviendi ad operandum in his quae gignuntur». Atque hunc spiritum «Omni corpore aetheris meliorem esse dicit; quia omnem visibilem creaturam omnis invisibilis creatura antecedit». Ergo *invisibilem* hunc facit et creatum. Puto etiam aethereum, sed in eo genere praestantissimum, utique corporeum. *Lib. de Gen. Imp. c. 4.*

Chrysostomus huic interpretationi subscribit homilia tertia in Genesim. Censet enim indicari «vitalem quamdam vim et efficientiam aquis insidentem ita, ut stans aqua non esset» quod stagnum dicitur «et immobilis, sed agitata, et vim habens, ut dixi, vitalem. Quod enim immotum est, prorsus est inutile; quod movetur, ad multa opportunum est». En nota aduce el texto original griego. Procopius vel Deum vel aërem in Spiritu illo demonstrari credit.

Postremo Deum ipsum plerique significari asserunt, tam latini quam graeci; nominatim vero aliqui Spiritum Sanctum, ut Cyrillus libro secundo *contra Julianum Apostatam*. Augustinus in libro illo imperfecto *de Genesi*, cap. 4 «Spiritum operantem esse vult vi quadam effectoria, et fabricatoria, ut illud, cui superfertur, efficiatur et fabricetur; sicut superfertur voluntas artificis ligno, vel cuique rei subiectae ad operandum, vel etiam ipsis membris corporis sui, quae ad operandum movet».

Praecipue vero Spiritum Sanctum e tribus Personis designari putat tam Augustinus idem, quam Ambrosius (lib. I *de Symb.* c. 5 et l. in *Hex.* c. 8) post Basilium (hom. 2).

Et Prudentius in Apotheosi:

«Qui Spiritus olim  
Ore superflusus patrio volitabat in undis,  
Nondum discretis, nec certo littore clausis».

Assentitur et Hieronymus in *Traditionibus*.

Victor Uticensis in Fidei ratione ad *Hunericum*, «Superferebatur, inquit Spiritus Dei super aquas, utpote creator virtute potentiae suae continens creaturam; ut ex iis viva omnia producturus ipse rudibus elementis ignis propii fomenta praestaret»<sup>2</sup>.

Ac denique trita multorum usu est haec Mosis interpretatio. Atque etiam R. Selomoh ad eam accedit, dum aquas veluti *solum fuisse vult Dei in aëre consistentis*. Nam Aben Ezra ventum existimat ad aquas siccandas immisum a Deo. Joannes Fornus in homilia *de Spiritu Sancto*, quae est adiuncta Gregorii Tauromenitani homiliis, aquas illas esse angelos existimat; quod non est verosimile.

VII. Nostra haec sententia est, Mosem verbis ostendere, nullum supra aquas fuisse corpus; atque *idiotiōs* [proprie] dicere, Deum solum eiusque Spiritum aquis incubuisse. Quare Spiritum intelligo Deum ipsum, quatenus haec infima fovet ac circumplectitur, iisque genitalem vim impertitur...

Est autem aptissima vox hebraea, qua superferri significatur aquis Spiritus Dei. Quam Basilus, Ambrosius, Augustinus ex fide cuiusdam syriacae linguae periti sic exponunt, ut sit *fovere, vivificare, sicut ova gallinarum incubitu foventur, quae vim quandam fotu suo vivificam immittunt*. Ita sentit et Diodorus Tarsensis et Caesarius (dial. 1 interrog. 1) Eadem voz *rahhaf* alias *movere* significat; graeci *epefereō*: *superferebatur*. «Nor pervagatione, ait Eucherus, sed potestate; non localiter, sed potentialiter».

HEINISCH parece atribuir a San Basilio la interpretación de viento, al decir: «Los Padres orientales desde Efrén y Basilio, en cuanto pertenecen a la escuela antioquena, explican la frase como significativa del aire o viento, otros dudan si han de hacerla referir al viento o al Espíritu Santo». Ciertamente que a San Basilio no se le puede juntar con San Efrén en este caso.

<sup>2</sup> Del Espíritu Santo entiende el texto Claudio Mario Víctor (o Victorino) en su poema del Génesis, *Alethia*:

Et sacer extensis impendens Spiritus undis  
Altrices animabat aquas ac semina rerum.

Nondum compositis fundenda ad germina terris  
Insinuanda dabat... vv. 53-56.

Y antes había exclamado:

Pro vis quanta Patris, pro quanta est gloria Verbi! v. 47. CSEL 16, 36 5/6.

Et sacer extensis impendens Spiritus undis

San EFRÉN (*op. omn.* t. 1 syr. pg. 8) entiende la palabra en el sentido de *incubar*, pero niega que se pueda atribuir al Espíritu Santo, porque no aparece el efecto generador de la incubación en el primer día « nihil tamen ex illis [aquis] produxisse dicitur eo die quo incubabat. Ergo quemadmodum ex nubium effectum, qui umbra fuit, earumdem creationem primo diei affigendam esse colligimus; ita ex effectu aëris, qui spiritus seu ventus est, Mosen eiusdem creationem insinuare voluisse existimamus... Ceterum quia aëri innatum est in spiritum seu ventum fluere idcirco hic dicitur incubuisse aquis, hoc est, flasse. Spiritus ergo ille flabat super aquas, suamque a divino opifice originem praedicabat ».

San BASILIO muestra su predilección por la opinión que llama de los antepasados, y ve aquí al Espíritu Santo. Véase su exposición (*In Hexaemeron* hom. 2 n. 6; PG. 29, 44): « Sea que llame espíritu a la difusión del aire, y en ese caso el escritor te enumeraría las partes del mundo, a saber que Dios hizo el cielo, la tierra, el agua, el aire y éste difuso y fluyente, o sea — esto es lo más verdadero y lo que juzgaron nuestros antepasados— que expresa así al Espíritu de Dios, al Espíritu Santo que llena la divina y beatísima Trinidad. Recibida esta sentencia, percibirás mayor utilidad. Pues ¿cómo en tal caso, era llevado sobre las aguas? Te diré no mi parecer, sino el de un Sirio, tan alejado de la sabiduría mundana, cuanto allegado a la ciencia de la verdad. Decía, pues, que el vocablo de los Sirios es más expresivo y que se acerca más a la mente de las Escrituras por su parentesco con el hebreo. Y que el sentido de la frase es el siguiente: El verbo *era llevado* lo interpretan *fomentaba* con su calor y vivificaba la naturaleza de las aguas, a la semejanza de un ave que incuba y que comunica a los polluelos cierta fuerza vital. Esto es lo que dicen ellos que se da a entender en aquel « Era llevado el Espíritu: es a saber, preparaba la naturaleza de las aguas para la generación de seres vivientes. De suerte que por aquí aparece claro lo que algunos preguntan, a saber que el Espíritu Santo no está ausente de la acción creadora ».

La nota del editor en Migne trata de averiguar quién es el Sirio aludido: Tillemont lo entiende de Eusebio de Samosata; otros de San Efrén. San Jerónimo se adhiere a la interpretación: « Pro eo quod in nostris codicibus scriptum est *ferebatur*, in Hebraeo habet *merefeth*, quod nos appellare possumus *incubabat* sive *confovebat*, in similitudinem volucris, ova calore animantis ». [*Quaest. hebr. in Gen.* PL 23, 939].

« Ex quo intelligimus, non de spiritu mundi dici, ut non nulli arbitrantur, sed de Spiritu Sancto, qui et ipse vivificator omnium a principio dicitur. Si autem vivificator, consequenter et conditor. Quor si conditor, et Deus. EMITTE enim, ait, *Spiritum tuum, et creabuntur* (Ps. 103, 30). Y en la nota del editor hay un nuevo testimonio de Diodoro Tarsense (+ c. 393) en el mismo sentido. En *Fragmenta in Genesim* (PG 33, 1563) que trae Migne solamente en griego tomándolo de las Catenas, expone muy bien y brevemente las dos opiniones: « Si alguien dijera que Moisés habla del Paráclito, del Espíritu Santo, no se equivocaría. Porque el Espíritu es el embellecedor del universo. Y si dijere

que espíritu de Dios es su eficacia, porque también la eficacia se llama espíritu, no se ha de rechazar »...

En otra ocasión escribimos (*Hechos y Dichos*, 1941, n. 78, *Cuestiones... de cosmogonía*, p. 544):

Convienen aun buena parte de los autores heterodoxos, en decir que la cláusula: « *el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas* » no significa un viento vehemente enviado por Dios, toda vez que el verbo hebreo siguiente (*merahhéfet*, participio fem.) significa un movimiento *blando*, propio de las alas de un ave, que cobija los polluelos, o fecunda los huevos, y por consiguiente es una palabra metafórica, que significa el hálito de Dios. Veladamente muchos, aun heterodoxos, creen que se tiene aquí la designación personal del Espíritu Santo, e indiscutiblemente se designa la eficacia divina, que comunica a la masa flúida virtud germinadora, o fecunda los gérmenes ya depositados de antemano.

Aparece, pues, aquí, misteriosamente otro principio de acción, propio de la divinidad: el soplo de Dios. Inmediatamente después vemos actuar su palabra: « Y dijo Dios: Hágase la luz » (v. 3). La creación aparece llevada a cabo por la omnipotencia, que emplea su divino aliento para fecundar, y su palabra para dar ornato.

Por lo demás, bien se ve que se trata de mera atribución, pues es un Dios único el que crea, vivifica y embellece. Al mismo espíritu de Dios atribuye Job su creación y su vitalidad, cuando exclama (*Job*, XXXIII, 4):

*El Espíritu de Dios me hizo*<sup>3</sup>,  
*Y el aliento del Omnipotente me vivificó.*

Y al mismo Espíritu se atribuye también el ornato en el Salmo 32 (33), 6:

*Con la palabra de Dios se afianzaron los cielos,*  
*Y con el aliento de su boca todo su ornato.*

Es palmario que aquí el aliento de la boca de Dios no puede entenderse el viento material suscitado por Dios, para *afian-*

<sup>3</sup> La frase *espíritu de Dios*, si se entendiera del viento, significaría, según el modismo hebreo, un viento *fortísimo, vehementísimo*, como cuando dicen *cedros de Dios* por *cedros altísimos*, y asimismo *montes de Dios*, etc.

zar los cielos, y su ornato: el *agmen*, o ejército de las estrellas, pues sería una imagen ridícula e inconsistente, sino el Espíritu Santo, como fuerza creadora, así como la palabra de Dios en el primer miembro alude a la segunda persona de la Santísima Trinidad, o Verbo divino.

Con razón alega HOBERG en este lugar del Génesis las palabras empleadas en la oración de la Iglesia para la bendición de la fuente en el Sábado Santo: « Oh Dios, cuyo Espíritu se movía sobre las aguas en los primeros orígenes del mundo para que la naturaleza de ellas concibiera desde entonces la virtud de santificar... » (« Deus, cujus Spiritus super aquas inter ipsa mundi primordia ferebatur, ut jam tunc virtutem sanctificationis aquarum natura conciperet... »).

En esta oración litúrgica se insinúan dos cosas: la primera que el Espíritu Santo era el que se movía sobre las aguas; la segunda, que las *fecundaba*, haciéndoles *concebir* la virtud santificadora.

Contra estas interpretaciones solamente se ha alegado que no siempre convienen en la significación las lenguas limítrofes. Como se ve, es un argumento puramente negativo: porque aunque alguna vez se desvíen, en efecto, lo ordinario es que convengan, y de la palabra hebrea no podemos juzgar para rechazar un sentido que tiene en la lengua siríaca, por no ocurrir sino en este lugar y en el Deuteronomio XXXII, 11, donde Dios se pinta a sí mismo protegiendo a su pueblo, como águila que *revolotea* sobre sus polluelos y los incita a volar. Donde la significación no es la misma, pero sí análoga. El texto que se alega de Jeremías, 33, 9, ya no hace al caso, porque no está en la forma intensiva o *Pi<sup>el</sup>*, sino en la forma sencilla o *Kal*.

Ni tampoco se puede alegar que en siríaco se aplica el verbo con latitud a cosas muy diferentes, como a la acción de Eliseo al extenderse sobre el cuerpo del niño difunto (4 Reg., 4, 34); a los ángeles que vuelan sobre la Virgen Santísima, a la imposición y ondulación de manos en algunas funciones eclesiásticas. (V. SKINNER en el *Critical and exegetical Commentary* (protestante)).

Es rara esta objeción que otros han repetido. En todas estas aplicaciones se ve claramente la analogía. ¿No vemos en

Eliseo precisamente la acción de cubrir por entero el cuerpo del joven, y calentarlo y fomentarlo? (*Et incubuit super puerum, ...et calefacta est caro pueri*). Y subió (el profeta) y yació sobre el niño, y puso su boca sobre su boca, y sus ojos sobre sus ojos, y sus palmas sobre sus palmas, y extendióse sobre él; y calentóse la carne del niño. El vuelo de los ángeles es claro que tiene otro colorido que la voz *incubar*, y está en consonancia con el sentido de la palabra hebrea en el lugar citado del Deuteronomio: pero al contrario podemos argüir, que así como nada obsta para que la misma palabra siríaca que aquí significa *revolar*, en otros pasajes signifique *incubar*, así tampoco se puede argüir que en hebreo no suceda lo mismo. La imposición de manos representada con esta palabra, evidentemente alude a la acción fecundadora del Espíritu Santo, y por tanto estamos de lleno en la misma significación.

Y ¿por qué entre tantos sentidos de la voz siríaca hemos de escoger el de *incubar*? A esta objeción que en un artículo excelente propone SMORONSKI (Biblica 6, (1925), p. 388) se responde que en realidad no son tantos los sentidos, como lo acabamos de ver, pues se reducen a dos, y que la elección del significado concreto la hacemos siempre en atención al contexto. Y éste es el caso de infinitas palabras, cuyo colorido es vario y se determina según el pasaje.

Resulta, pues, que la interpretación más cabal es la que traen la mayor parte de los autores más notables, antiguos y modernos, católicos y heterodoxos, sintetizada en las palabras ya citadas de San Jerónimo.

Casi a la letra copió este pasaje MILTON en su Paraíso Perdido, c. I, v. 19 ss.: « Tú, oh Espíritu, que prefieres a todos los templos un corazón recto y puro, instrúyeme, porque tú lo sabes; Tú desde el principio te hallaste presente y con tus potentes alas desplegadas, como las de una paloma, te posaste cobijando el vasto abismo y lo hiciste fecundo... ».

... Y de nuevo en el Canto VII: « El caos oyó su voz (la del Verbo omnipotente). ... Así creó Dios el cielo, la tierra, materia informe y vacía (al principio). Profunda oscuridad cubría el abismo; pero sobre las calmadas aguas extendió el Espíritu de Dios sus alas fecundadoras, e infundió vital eficacia, vital calor a través de la masa flúida... ».



*El Firmamento: Gén. 1, 6-7*

Algunos autores anotan lo relativo a la concepción del mundo en los antiguos, cuando se trata del firmamento, como si se pudiera probar lo mismo de los escritores sagrados. La mayor parte de las frases se puede explicar por pura metáfora. Entre las varias notas que tenemos ante los ojos para el versículo 7 del cap. 1.º, nos parece muy apta la del P. VACCARI: (*E hizo Dios el firmamento, etc.*):

«Como nosotros en el lenguaje familiar, así el sagrado autor describe los fenómenos cosmológicos según las apariencias, y pone como suspendidas sobre la bóveda del cielo las aguas que a su vez caen en lluvia, a diferencia de las masas líquidas, que forman uno de los componentes de la tierra, y en aquellos comienzos tenían sumergidos los continentes».

La diferencia de la explicación es grande, y nos parece que ésta es la legítima.

Las notas del P. UBACH (Biblia de Montserrat) y de NÁCAR-COLUNGA « Los antiguos concebían el firmamento como algo sólido, de bronce fundido (Job. 37, 38)... » con la figura adjunta, así como también el comentario de HEINISCH en el mismo sentido, universalizan demasiado, sin necesidad y sin que veamos la conveniencia.

La misma palabra hebrea *raqi'* de suyo no significa sino *expansión* (= *expansum*).

Con mayor exactitud que nosotros, traduce la propiedad de la palabra hebrea la famosa *Biblia medieval romanceada*<sup>4</sup> (Biblioteca del Instituto de Filología, Buenos Aires, 1927, I, Penta-teuco) Gén. 1, v. 6: Et dixo Dios: Sea espadimiento en medio de las aguas, e sea apartamiento entre aguas e aguas.

V. 7: E fizo Dios el espadimiento...

Si no nos es infiel la memoria, en la *Ferrariense*, que no tenemos a mano, o en otra de las antiguas judías, se lee: *espadidura*, con la misma propiedad, y quizá mayor.

(Después de escrito y estampado lo que antecede, lo hemos podido comprobar en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La

<sup>4</sup> Edición de Américo Castro, Agustín Millares Carlo y Angel J. Battistessa. Libro editado con grande esmero, que hace honor a sus editores.

Biblia de R. Yshac de Ab. Díaz (Amsterdam 5486 = 1725) traduce *espadidura*: la de 1726, *ibid.* Ed. Estrellas, Buenos Aires, 1945-1946, dice: *expansión*).

En la conocida Biblia de Fillión se dice: « *Firmamentum* está calcado sobre el griego: *Steréoma* de los LXX. El hebreo expresa más bien la *expansión*, la *extensión*, nombre que conviene con tanta propiedad a la bóveda celeste, en cuanto que abarca nuestra atmósfera y el « *caelum sidereum* ».

Véase sobre todo la nota de HUMMELAUER en su célebre comentario, pág. 97:

« Notant hic auctores aliqui Hebraeos cogitasse caelum tanquam solidum quid, fornicem aquis orbem cingentibus imminentem aut montium cacuminibus innixum, quae inde columnae caeli habitae sint, tentorium extentum: cf. 2 Reg. 22, 8; Job 26, 11; 37, 18; Ps. 77 (78), 23; Prov. 8, 27. Verum ii textus poetici sunt omnes, atque eis similia ubique gentium a poetis cantantur... ».

Por no alegar el testimonio de otros autores que rechazan esta atribución de tan rudimentaria cosmogonía al escritor sagrado, copiamos a continuación la sabia exégesis de SCHUSTER-HOLZAMMER, *Antiguo Testamento*, n. 39, (versión del P. Jorge Riezu, O. M. C., 1934, Barcelona)<sup>5</sup>, pág. 78: « Firmamento significa la bóveda aparente del cielo, bajo la cual se ciernen las nubes y en la cual lucen las estrellas. Su oficio es separar las aguas superiores de las inferiores, esto es, las nubes y vapor de agua que están en relación con el firmamento, de las aguas de la tierra. Dase también al firmamento el nombre de cielo, mas no en el sentido amplio del versículo primero, donde significa todo lo que no es nuestro planeta. Y en las notas correspondientes: La palabra hebrea significa lo « extenso », « dilatado » y en este sentido, como observa Kepler (*Epit. Astron. Copern.*, Linz, 1618, 495), sería la expresión más adecuada para designar el « espacio », en cierto modo « limitado ». La Sagrada Escritura usa en otros lugares diversas palabras para designarlo, con lo que quiere dar a entender que no deben tomarse éstas al pie de la letra, sino simbólicamente: el cielo es comparado a un espejo fundido;

<sup>5</sup> De la 8.ª ed. alemana refundida por J. Selbst y E. Kalt.

se dice de él que es fijo, como de bronce fundido, transparente como zafiro o cristal; se le compara a un tapiz extendido, a una tienda, a un velo tenue (cf. Ps. 40, 22; Job 37, 18; Prov. 8, 28).

Se admite generalmente que los escritores sagrados creyeron que el objeto esencial del firmamento era sostener las aguas superiores (así Schiaparelli, *Astronomie des AT* (Giessen, 1904), 26-27 y BZF III, 259). Para separar las aguas superiores de las inferiores, no precisan que sea el firmamento como un « muro divisorio ». Los hebreos antiguos sabían, como nosotros, que la lluvia viene de las nubes, las cuales no están *encima*, sino *arriba* en el firmamento, no sostenidas por el mismo, sino *relacionadas* con él (como expresa la palabra hebrea *me'al*, que puede, pero no siempre significar « encima »). La palabra « exclusas » « compuertas » del cielo es una expresión simbólico-intuitiva, en la cual no hay por qué buscar una explicación o idea física. Es infundada la hipótesis panbabilónica, según la cual era corriente en la antigüedad, especialmente en Babilonia y Egipto, la idea de un océano celeste sobre el firmamento. La barca de Re (dios del sol), según opinión de los egipcios, no navegaba *sobre* la bóveda celeste, pues, de ser así, no se la hubiera podido ver desde la tierra. El océano celeste de los babilonios no es otra cosa, según KUGLER (*Sternenkunde, Ergänzungen*, 222 nota 5), sino la región oscura, sin estrellas, de forma ovalada, situada en la Vía Láctea, entre la *X* de la *Cruz* y la *I* del *Centauro*, el saco de carbón de los astrónomos ». El mito según el cual, partida Tiamat como una platija en dos trozos, del uno se formó la tapa del cielo, y, echado un cerrojo, se puso un guarda para que no cayesen las aguas, es una ficción poética, de la cual no se pueden deducir consecuencias científicas ».

En lo mismo insiste E. KALT en su *Biblisches Reallexikon* (1931) palabra *Firmament*.

Véase también LESÈTRE, *Dict. Bibl.* VIGOUROUX (Firmament). Ampliamente lo trata MURILLO « El Génesis », p. 187-188.

Finalmente, nótese que en la misma poesía se denuncia a

vecés cuál es el concepto real del sagrado vate. Así en el Salmo 77 [hebr. 78] vv. 23-24 se dice:

*Sed mandavit nubibus desuper,  
et ianuas caeli aperuit,  
Et pluit super eos manna ad manducandum  
et panem caeli dedit eis.*

El paralelismo está diciendo claramente que es lo mismo *abrir las puertas del cielo y mandar a las nubes de arriba* en el v. 23, como es lo mismo el *maná* y el *pan celestial* en el v. 24.

El mismo Job que se alega para probar la mentalidad infantil de los antiguos, cuando en forma poética pinta el firmamento como bronce fundido (también decimos nosotros el cielo « tachonado de estrellas ») nos dice con toda claridad cómo se forman los vapores de agua y subiendo de la tierra, descenden de las nubes en forma de lluvia: Job 36, 27-28:

*Él [Dios] hace subir las gotas de agua  
y descender en lluvia sus vapores.  
Destilan las nubes,  
y llueve sobre el hombre en abundancia...*

No se ve finalmente cómo puedan probar absolutamente nada los textos alegados por HASTINGS en el conocido diccionario protestante (*Dictionary of the Bible*, v. Cosmogony, p. 503 b) del Salmo 24 (Vs. 23), 2: *Quia ipse super maria fundavit eam...* Gén. 7, 11 donde sencillamente, al hablar del diluvio, se contraponen las aguas de arriba, las cataratas del cielo, a las aguas del mar y las subterráneas, y por lo tanto las de arriba son sencillamente las de las nubes; y por fin Amós 7, 4, donde el fuego de Yahweh va a devorar « el gran abismo », que es el mar.

*CLAUSULA « Según su especie »: Gén. 1. 11. 21, 25*

No debe pasar por alto la insistencia con que se repite esta clausulita *según su especie*. De los vegetales dice Dios: « Brote la tierra hierba verde..., árboles frutales... según su especie (v. 11). De los peces y monstruos marinos: « Creó Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella, según su especie ».

De las aves: « Todas las aves aladas, según su especie » (v. 21).

De los animales terrestres: «Brote la tierra seres animados según su especie...: bestias de la tierra según su especie, los ganados según su especie y todos los reptiles de la tierra según su especie» (vv. 24-25).

Muy significativa y de especial actualidad nos parece la breve nota que pone el P. Vaccari: «Al repetir *de su especie* o *según su especie* insinúa que toda especie de vivientes fué creada separadamente y no se deriva la una de la otra, como pretende el transformismo más rígido».

Esta es actualmente la posición de la ciencia serena y objetiva, como lo afirma terminantemente N. LAHOVARY en el último número de la revista científica «Anthropos», sept. 1948, donde refiriéndose a las especies animales, dice:

«Aujourd'hui, nous savons que toutes les espèces tendent à une spécialisation dans le sens de leur orthogénèse particulière et irréversible. La tendance universelle, par conséquent, loin d'être celle d'une évolution graduelle d'un type antérieur vers un autre type, différent et plus perfectionné, vise essentiellement à l'accentuation des caractères de chaque espèce, à sa particularisation plus grande, et, par suite, à son isolation. Chaque espèce, loin d'être une tête de ligne possible, a tendance à devenir, comme a dit ROSA, un aboutissement, une espèce terminale, une fin en soi et NON PAS UNE TRANSITION VERS UNE ESPECE DIFFERENTE ET NOUVELLE». (El autor nos da espaciado para hacerlo resaltar, no solamente esto último, sino también lo anterior desde la cláusula «Vise essentiellement...») Véase «Anthropos», *Les origines humaines et la diminution du volume du cerveau chez l'homme depuis le paléolithique*, p. 97, I, l. c.

## UBICACION Y GLORIA DE FRANCISCO SUAREZ

Por HUGO M. DE ACHÁVAL, S. I

Une grande philosophie n'est point une philosophie sans reproche. C'est une philosophie sans peur. (*Péguy*).

Si se diera una filosofía católica, no se comprenderían las distintas tendencias y escuelas filosóficas que en el curso de los dos mil años de vigencia del catolicismo han aparecido, se han desarrollado y con más o menos fortuna se han disputado la adhesión de los creyentes.

Si no se diera una filosofía, no se comprendería cómo los católicos, en posesión de la verdad revelada, durante el mismo tiempo, se han dado con mayor o menor intensidad y empeño, a leer-dentro (intus legere) del ser y de sus causas, a la luz de la sola razón natural.

Si la misión de la filosofía no fuera otra que expresar y explicitar el contenido de la revelación, sería a lo más una dialéctica, un conjunto de leyes para pensar rectamente, y no se distinguiría de la teología, del «de divinis philosophare» o meditación sobre las verdades reveladas.

Si, por otra parte, la filosofía tuviera en sí la virtud de resolver todos los problemas humanos, desde la angustia pueril y primordial hasta la posesión de la felicidad mediante la obtención del último fin, cerrando así las puertas a toda posible intervención divina, inútil e inoficiosa, estaríamos de vuelta en el racionalismo ateizante y apriorista.